

# Sobre el Perú

Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo



## Capítulo 22



*Pontificia Universidad Católica del Perú*

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

FONDO EDITORIAL 2002

*Sobre el Perú: homenaje a José Agustín de la Puente Candamo*

Editores:

Margarita Guerra Martinière

Oswaldo Holguín Callo

César Gutiérrez Muñoz

Diseño de carátula: Iván Larco Degregori

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima

Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra completa: ISBN 9972-42-472-3

Tomo I: ISBN 9972-42-479-0

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-2418

Primera edición: mayo de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

# El mestizaje en el Perú

José Antonio del Busto Duthurburu

*Instituto Riva-Agüero*

El tema que aquí se expone es el mestizaje en el Perú. Se trata de un proceso que se inició en el siglo XVI y aún no termina. De un proceso que, dentro de lo previsible, nadie ni nada puede detener. Además, es un proceso irreversible. Conocerlo es una obligación, desconocerlo una irresponsabilidad.

El Perú es un país mestizo por el origen de su nombre y también por ser mestiza la mayor parte de su población.

Respecto al nombre del Perú, todo empieza con Pascual de Andagoya, vasco que en la primera mitad de 1523 descubrió definitivamente el buscado Señorío del *Birú*, al sur del panameño Golfo de San Miguel. Estando en este cacicazgo y tratando de identificarlo, sus soldados preguntaron por el nombre del lugar, obteniendo por respuesta de lo indios comarcanos que tal nombre era el *Birú*, con labial sonora. Los castellanos entendieron que se les decía *Pirú*, con labial sorda, y por la mezcla y confusión de estos dos fonemas bilabiales surgió el nombre famoso. Este es el motivo por el que –según hallazgo de Miguel Maticorena Estrada– se hablaba ya del capitán Andagoya y de su “viaje al Perú” en julio de 1523. Fray Bartolomé de las Casas resulta así precursor y preciso cuando escribe: “Y deste nombre *Birú*, la última [sílab]a luenga... llamaron los españoles después a la tierra del *Perú*, mutando la letra *b* en la letra *p*”. El nombre nació gracias a indios y españoles. Tuvo éxito, significó mucho y terminó desplazando al de *Tahuantinsuyo*, puesto por los incas, y al de *Nueva Castilla*, impuesto por los consejeros de Indias. Y así, de unos indios que pronunciaron mal y de unos españoles que oyeron peor, nació el nombre de mi patria. Nació del contacto de indios y españoles, por eso es un nombre mestizo.

También decimos que el Perú es mestizo porque mestiza es la mayor parte de su población, debido a que hoy más del 75% de ella posee este mestizaje.

Es el momento de advertir que nuestro mestizaje tiene dos rubros bien marcados: el mestizaje racial o biológico y el mestizaje mental o cultural. Ocupémonos del primero.

## I. El mestizaje racial

Empezaremos confesando algo que es verdad: las razas existen. Se dan entre los animales y se dan entre los hombres. Las razas humanas no son sino las subespecies de la especie *Homo sapiens sapiens*. Más distancia y diferencia hay entre los cánidos que no entre los hombres. Los hombres siguen hermanados por su unidad morfológica, por su unidad fisiológica, por su unidad intelectual y por su unidad genética. Ésta última es la que hace posible la interfecundidad entre las razas. La humanidad es el tronco, las razas son las ramas y los brotes de estas ramas se pueden polinizar entre sí. Nunca dan un resultado estéril. Ésta es la mayor prueba de que todos los hombres son iguales y que tienen un origen común, reciente por añadidura.

Las razas humanas son todas iguales. No hay razas superiores ni razas inferiores. Todas, absolutamente todas, ofrecen el genio, el hombre común y el imbécil. Lo que ocurre es que algunas razas buscan el genio, lo ubican, lo cultivan y lo hacen fructificar; para otras este tipo de genio es un problema innecesario. Prefieren los brazos emprendedores al cerebro hipernormal, y atrofian al genio en aras de un buen cazador, un buen horticultor o un buen guerrero. En las sociedades primitivas o en las muy fustigadas por la naturaleza, el instinto de conservación prioriza la supervivencia de la especie.

En buena cuenta, el mestizaje racial o biológico se debe a que hay diversas razas de hombres en el mundo. Las razas humanas más difundidas son cinco y todas ellas han tenido presencia en el Perú. Así tenemos que las razas blanca, negra, amarilla, cobriza y aceitunada se identifican con Europa, Africa, Asia, América y Oceanía. Hay otras razas, menores o derivadas, que no han llegado nunca a nuestro territorio.

La raza cobriza o americana es entre nosotros la más antigua. En orden de aparición siguen las razas blanca o europea, negra o africana, amarilla o asiática y aceitunada u oceaniana.

Centrándonos más en el tema, la raza cobriza o americana y la raza blanca o europea, desde el punto de vista cuantitativo, son los ingredientes mayores de nuestro mestizaje; las razas negra o africana, amarilla o asiática y aceitunada o oceaniana, siempre en términos cuantitativos, son los ingredientes menores.

En un momento no muy lejano, el Perú fue un mosaico de razas. Nos referimos a la segunda mitad del siglo XIX. Pero día a día, en el Perú, todas estas razas se van diluyendo en aras de un mestizaje que

propende a una raza común. Por eso entre nosotros hay razas desaparecidas como la aceitunada, casi desaparecidas como la negra, y próximas a desaparecer como la blanca, la amarilla y la cobriza.

El mestizaje racial es indetenible, no hay nada que lo pueda impedir. No pensar en este mestizaje es evasión o miopía. La verdad es que hasta nuestros hijos, si quisiéramos, los podríamos planificar racialmente, pero a nuestros nietos no. Es por eso válido pensar que si tenemos la cara oscura nuestros nietos la tendrán más clara y que si tenemos la cara clara nuestros nietos la tendrán más oscura. La realidad racial del Perú es una nueva raza, aunque a algunos repugne el hablar en términos raciales. Y esta nueva raza es la mestiza, también llamada chola, y mejor aún peruana.

Sin embargo, queremos aclarar que no hay ninguna raza que haga a sus integrantes más peruanos que a los demás. La peruanidad no se mide por la raza. Todos los peruanos son iguales, sea cual fuera su raza. No hay unos más peruanos y otros menos peruanos. Sólo decimos que en el futuro habrá una raza que será más numerosa y por ende la representativa de la peruanidad.

Entre nosotros no hay discriminación racial (no hay deberes ni derechos diferentes entre las diversas razas existentes); tampoco hay segregación racial (no existen instituciones paralelas para los grupos raciales distintos); pero sí hay prejuicio racial. Esto último se debe a que hay razas o descendientes de estas razas que representan mayor cultura, mayor riqueza, mayor poder y, con una falsa apreciación, mayor belleza.

Por todo esto es que en muchas personas existe el complejo de ser mestizo. Y no se olvide que el complejo puede ser de superioridad o de inferioridad. Lo interesante a estas alturas es percibir la valoración estética de la figura humana, como decíamos atrás al hablar de la belleza. Es un prejuicio que se debe a la cultura occidental, la misma que proporcionó los modelos del Apolo griego y de la Venus helénica. Lo griego se hizo latino y lo grecolatino, europeo. Los conquistadores españoles eran europeos y trajeron sus patrones estéticos. Estos patrones no fueron oportunamente contrarrestados y se dio el mecanismo que sigue: no habiendo raza blanca la belleza se hace ausente. La mezcla del blanco con el indio dio el mestizo y la mezcla del blanco con el negro, el mulato. Mestizos y mulatos tuvieron aceptación estética, no así los zambos o zambahigos, que por carecer de sangre europea o blanca ofrecieron pseudoaportes antiestéticos.

Poblacionalmente, según los últimos cálculos, los cholos y bilingües son la mayoría en el Perú. El hombre y la mujer mestizos constituyen los prototipos y arquetipos raciales del país, y esto pese a que el mestizaje aquí ha sido relativamente lento; primero cristalizó en México. Sin embargo, entre nosotros ya es posible avizorar esta nueva realidad racial mirándonos al espejo o asomándonos a la ventana. Observar una calle de Lima o de cualquier ciudad del Perú es darse con esta nueva raza. El modelo de mañana ya se puede anunciar. Está dado por los jóvenes. Ellos serán como los cadetes de la Escuela Militar de Chorrillos, ellas como las estudiantes de las universidades.

El día que nos digan: cholo, y nosotros reaccionemos como si nos llamaran hombre o peruano, habremos alcanzado el equilibrio. No queremos supercholos ni minicholos. Sólo queremos cholos a cabalidad.

## II. El mestizaje cultural

Algunos piensan que la palabra mestizaje sólo es aplicable a lo racial mas no a lo mental o cultural. No es cierto. Eso sería como pretender que sólo se pueden mezclar los líquidos y no los gases o cuerpos vaporesos invisibles. Con este mismo criterio se puede hablar de fusión de culturas (la celtíbera, la medopersa, incluso la grecolatina). Porque fusión no es necesariamente el paso de un cuerpo sólido al estado líquido por medio del calor. También es unión, combinación, mezcla y, con gran frecuencia, resultado. Y como la palabra fusión no repugna a la mezcla de culturas, el mestizaje, en la acepción que defendemos, es lícito que sea y de hecho es una fusión cultural. Igual sucede con la palabra amalgama. No siempre se amalgama metales, también ideas para ofrecer conclusiones o colores para lograr nuevos matices. Se trata de utilizar las licencias gramaticales y semánticas que dan pie a los sentidos figurados. Hay vida biológica y vida espiritual, la vida biológica procrea, la vida espiritual crea. Y como el hombre es el único mortal que puede crear, la creatividad de los peruanos mestizos es lo que llamamos mestizaje cultural. No nos importa que haya autores que no respalden esta opinión. Nosotros creemos que el mestizaje cultural no solamente existe sino que, además, su nominación es la única que explica con claridad lo que quiere decirse con ello.

Preferimos decir mestizaje cultural a:

1. Cultura donadora y cultura receptiva (porque niega la interdonación).

2. Contacto cultural (porque resulta impreciso, corto, inocuo).
3. Transmisión cultural (porque sólo habla de dar, no de intercambiar).
4. Dominación (cultura dominante y cultura dominada, vale decir, cultura asumente y cultura asumida, lo que en el caso del Perú no es válido).
5. Asimilación (porque sólo acepta lo foráneo y anula lo nativo).
6. Aculturación (porque pese a ser directa y constante, como quieren los norteamericanos, el nombre adolece de vicio en español, idioma donde el prefijo "a" significa "sin" o "hacia"). Por el mismo motivo rechazamos amestizamiento. Suena mal y felizmente no se usa.
7. Integración (dado que recibe lo foráneo y lo hace suyo, como los japoneses con todo lo occidental).

Queda atrás por obsoleto el término transculturación, tan pujante en otras épocas, porque los europeos no han transplantado su cultura sino que la han traído y aquí se ha hecho el intercambio o síntesis. Además, entre nosotros, hay que sumar los aportes negro y amarillo, vale decir, lo cultural que ambas razas han aportado.

Probablemente podría aceptarse sincretismo, corriente que une lo dado con lo recibido y hace una sola cultura coordinando doctrinas o teorías diferentes u opuestas. Pero el prefijo "sin" (que indica negación o falta de aquello que expresa la palabra a la cual se une o precede) hace al nombre sincretismo sufridor del mismo defecto que aculturación y amestizamiento. Sincretismo, pues, resulta equívoco y contradictorio. Por eso nosotros, para ser mejor comprendidos, preferimos el binomio emparejador y seguiremos usando la expresión *mestizaje cultural*. No es capricho o simpatía, es funcionalidad, equilibrio, practicidad: al mestizaje racial o biológico se le relaciona con el mestizaje mental o cultural. Simplificando criterios, seguiremos hablando de mestizaje racial y de mestizaje cultural.

El mestizaje cultural, empero, no es fácil de entender. No basta con ser mestizo de cuerpo y espíritu. Se trata de serlo, saberlo, sentirlo y quererlo.

Ser mestizo es el factor involuntario, saberlo es el factor cognoscitivo, sentirlo es el factor afectivo y quererlo es el factor volitivo. Para que el mestizaje cultural funcione debidamente, se tiene que cumplir con estos cuatro requisitos.

Lo importante, como primer paso, sea cual fuere la raza del peruano pensante, es apreciar que ya el Perú es mestizo y que va a ser definitivamente cholo. Enseñar a los hijos esta realidad es cobrar con-

ciencia de lo que somos y vamos a seguir siendo. Lo primero en orden de importancia es saberse peruano, lo segundo es saberse mestizo. No interesa que el peruano sea hijo de extranjeros. Todavía más, por este camino hasta un extranjero puede hacerse mestizo cultural.

Tenemos a este respecto una experiencia mayor. Estando en Tokio con varios muchachos, racialmente nipones pero nacidos y crecidos en el Perú, los hallamos no precisamente contentos. Preguntados impertinentemente por nosotros por la razón de su incomodidad respondieron, con relación a sus parientes del archipiélago, más o menos lo siguiente: no nos acostumbramos a sus usos, tampoco a sus posturas en el suelo, no entendemos el idioma, nos sienten renegados, extrañamos la comida, añoramos el Perú. El motivo era muy claro: no eran mestizos raciales (tenían sus cuatro abuelos japoneses), pero sí eran mestizos culturales, tenían otro modo de ser y de pensar con relación a sus deudos insulares. Eso era, precisamente, el mestizaje cultural, aunque nuestros amigos *niseis* y *nikeis* no lo comprendían.

El mestizaje cultural tiene múltiples facetas. No hay que olvidar que somos un país uninacional, pero también pluricultural y multilingüe. Y porque queremos mostrar más de cerca nuestro mestizaje cultural, sin detrimento de lo indio ni de lo foráneo por el contrario—desde aquí lo agradecemos—, es que pasamos a hablar de la comida, el vestido, la habitación, la música, la danza, la pintura, la literatura, la artesanía y la religión.

## 1. La comida mestiza

La cocina peruana es renombrada. Renombrada por su presentación, renombrada por su variedad y renombrada, sobre todo, por su sabor. Sin embargo, olvidándonos de sensaciones gustativas y retomando nuestra temática, anticipamos que sus viandas son mayoritariamente mestizas.

Si empezamos por el cebiche, tenemos que el pescado y el ají, el camote y el choclo, son del Nuevo Mundo pero que el limón, la cebolla y la lechuga pertenecen al Mundo Viejo. Algo similar podemos decir de la papa a la huancaína (donde el huevo, la aceituna, el queso y la lechuga son foráneos) y de la ocopa arequipeña (donde lo foráneo está representado por las nueces, el huevo y la oliva). Es lo mismo que hablar del ají de gallina, donde el propio nombre del plato está pregonando su mestizaje.

Mestizos resultan también de este modo: el escabeche (donde esta vez lo nativo está dado por el pescado y el ají), el cau cau (por el ají, la papa cocida y el palillo), las caiguas y los rocotos rellenos (por sus continentes verdes y rojos), el arroz con pato (teñido con culantro y cocinado con ají), el locro (en base a zapallo, papa y choclo) y el menestrón (con yuca, papas, porotos y choclo). Incluso los anticuchos, de origen moruno o marroquí, acusan la presencia india cuando ya listos aparecen bañados con achiote y dispuestos al ají panca.

Curioso mestizaje es éste donde los camarones nativos se presentan en cóctel gracias a la mahonesa o mayonesa balear sumada al tomate y a la palta; y el picante de cuy admite la pimienta y el ajo. En Piura el seco de chavelo es en base a cerdo y cebolla europeos, plátano africano y pimientos rojos y achiote molido del Perú; los chifles, a su vez, son plátanos del Africa, maíz de América y cecina de Europa.

El mestizaje culinario se presenta ganancioso con el batán de piedra, la olla de barro, la cuchara de palo y la leña seca, dando paso así a los peruanísimos frejoles, a los ollucos con charqui y a la carapulcra. Los tres platos serían netamente indios salvo por el tocino en los frejoles, la carne seca de carnero en los ollucos, y en la carapulcra las carnes de cerdo, conejo o gallo. Pero el arroz, infaltable en los tres casos, nos habla de un mestizaje aparte.

Lo trajeron los españoles y lo gustaron hasta los niños (recuérdese la canción infantil, esa que dice: "arroz con leche, me quiero casar..."), pero aquí el arroz lo popularizaron los chinos. Incluso el chifa colaboró en este mestizaje con el arroz chaufa, nacido en el Perú y desconocido tanto en Cantón como en Pekín. Y los chifas, aunque no lo confiesan, recurren hoy al pimienta, al ají y a la sal en reemplazo de la pimienta y del sillao, mostrándose más espectacularmente la simbiosis en la rojiza salsa de tamarindo, donde el chuño, el tomate y el azúcar se mezclan y disfrazan para reemplazar al ausente tamarindo oriental. Lo cierto es que desde 1855, nunca antes, los guisos peruanos se comen compartidos con medio plato de arroz blanco. El guiso solo -herencia española e indígena- casi no existe, por haberse emparejado definitivamente el arroz.

Nuestras salsas criollas son en base a la cebolla y al ají cortados. No concebimos una butifarra sin una salsa así. También vale la fórmula para el pan con aceitunas. En otras salsas aflora el huacatay, el culantro o la hierba buena, todos condimentos del país, inseparables del ají molido o entero. La salsa que hoy llaman chimichurri es otro ejemplo de lo que decimos.

Las humitas demuestran su mestizaje mezclando el bollo de cholo tierno con la carne europea, las pasas asiáticas y el manjarblanco que parece provenir del norte de Africa. Las chapanas son yuca húmeda amasada con miel de caña, donde lo nativo y lo foráneo hablan ahora de un aporte de la selva amazónica y otro del archipiélago canario, sumándose las hojas secas del árbol del plátano africano. Lo mestizo se acentúa con el tamal, de nombre nahuatl castellanizado. En el tamal, América está representada por el maíz, el ají y el maní; Europa por el huevo, la oliva y la carne de cerdo o ave; y Africa, una vez más, por el envoltorio de hojas de árbol que da nombre al platanar o platanal.

El viaje se está haciendo largo. Pasemos a los dulces. En ellos la caña dulce africana (con el azúcar, la chancaca, la miel cañera y el almíbar) cumple un papel primordial. Muchos son dulces españoles de origen árabe, no obstante son dulces peruanizados por el aporte local. Así tenemos la mazamorra morada (en base al nativo maíz oscuro), el zanguito (con harina de maíz), los picarones (con su color debido al zapallo), los alfeñiques (con sus trocitos apretados de maní), el champuz (nacido de la guanábana, el chuño y el mote), el camotillo (cuyo nombre evoca al camote o batata) y el limeñísimo turrón de doña Pepa, cuyo dorado color bajo la lluvia de grajeas se debe en mucho al achiote. También son mestizos los frejoles colados, batidos con miel de caña, los mismos que se venden dentro de mates en Chíncha, Cañete y Mala; y la siempre seca máchica, mezcla de harina de maíz serrano con azúcar de cañaveral costeño, porque aquí nunca se usó el azúcar de remolacha.

Las bebidas nos llevan a la chicha de jora (endulzada hoy con azúcar rubia) y a la chicha morada (endulzada con azúcar blanca a la que se añadió el limón y en veces la canela y el clavo), para no hablar del emoliente, bebida auroral de los trasnochadores que, hecha con diez hierbas y hojas locales, también recurre a la goma y al azúcar.

Las bebidas alcohólicas nos llevan al pisco que, nacido de uva europea, procede ya de la quebranta, variedad de uva lograda en el Perú y que no se da en otras partes del mundo. El pisco se termina de peruanizar en la falca, versión mestiza de alambique agareno. Otro licor es la algarrobina, originaria del algarrobo piurano, trago corto de exótico sabor.

Y finalmente, cuando hace alta temperatura parecieran esperarnos los helados de lúcuma, de mamey y de chirimoya, cuando no las cremoladas de maracuyá, de guanábana y guayaba. Hemos llegado a los postres. En resumen, hemos terminado.

## 2. El vestido mestizo

En 1781, luego de la rebelión de José Gabriel Túpac Amaru, se prohibió a los indios vestir como indios. Se les quería europeizar. Aparecen así entre los campesinos del Ande el pantalón y la chaqueta, la camisa y el chaleco, asimismo la montera. Las mujeres, por su parte, acogerán las polleras superpuestas y las enaguas blancas, la blusa o monillo y la prenda de cabeza.

Arquetipo de este cambio y adaptación atuéndica será el campesino de Chinchero, en el Cuzco, inmortalizado por José Sabogal cuando retrata al *varayoc*.

La verdad es que a partir de 1781 el indio tributario recibe un atuendo similar al que usaban los virreyes de la Ilustración y los toreros del tiempo de Pepe Hillo y Costillares. Hay algo en común que comparten el virrey perulero, el campesino de Chinchero y el torero con traje de luces. Por eso el campesino cusqueño aún tiene faja roja y montera, camisa y chaleco, pantalón o taleguilla y casaquín o chaquetilla. Nunca aceptó, en cambio, los zapatos y las medias.

Atrás quedó el *unco* que, reducido y recortado, subsiste en Paucartambo, en la comunidad de Q'ero, así como la *ñañaca* o *pampacona* sobrevive estilizada en Yungay (Ancash), Panao (Huánuco), Tupe (Yauyos) y en esas campesinas de Ayacucho que les dicen *chucupanas* porque llevan la *chucupa*. Todas las demás prendas indias se perdieron.

Los nuevos atuendos, empero se andinizaron. Cambiaron de forma, emplearon telas lugareñas, heredaron los colores de los *ayllus* y sumaron las decoraciones prehispánicas. Surge así un vestido que no es indio ni español, una ropa mestiza que sólo se encuentra en el Perú.

Por diferente camino, pero antes, aparece el poncho. Nació en el período virreinal, como nos lo descubre Esquivel y Navia al hablar del siglo XVII en las *Noticias cronológicas de la gran ciudad del Cuzco*, y lo corrobora Martínez Compañón al tratar del norte del Perú a fines del siglo XVIII. Inspirado posiblemente en el *unco*, irrumpe en los juegos de toros en la Plaza Mayor de la Ciudad Imperial. Allí, mientras los caballeros españoles salen a caballo a rejonear con capa, los caballeros criollos salen también encabalgados a rejonear con poncho. Hay afán de diferencia, deseo de separación, rivalidad competitiva. Este poncho sobre galas en los festejos taurinos cusqueños, prevaleció con mucho éxito, de modo que en las postrimerías dieciochescas lo vio flamear Concolorcorvo. La prenda ganó terreno en el siglo XIX, por lo

que la pintan en Lima Rugendas, Angrand y Bonnaffé. Desde entonces el poncho será de lana en la sierra y de hilo en la costa, como lo demuestran morochucos y chalanés.

El *chullo*, tal como lo conocemos hoy, es asimismo mestizo. Mestizo y republicano con algo de gorro frigio en el Collao y con mucho de barretina catalana en la isla de Taquile. Sin embargo, estas semejanzas son casuales. El *chullo* nació como *chuco* en el Pre-Cerámico, esto es, como prenda de cabeza con copa y sin ala. En el Collao se llamó *chullo*, por lo que el cronista Pero López nos cuenta que las collas "traen en las cabezas unos *chuios* que son como sombreros sin falda". Tales gorros admiraron también a otro cronista, el conquistador Pedro Pizarro. Sin embargo, esta prenda carecía entonces de orejeras. Todavía en la República el pintor Francisco Laso retrata al *chullo* sin orejeras en su obra *La Pascana*, ejecutada en Lima en 1868. En conclusión, el *chullo* moderno es mestizo. Es tejido con palillos, se le hacen orejeras y se le añade un borlón. En el Cuzco y Puno se usa bajo la montera o el sombrero.

El sombrero, a la larga, conoce tiempos de expansión. Es el sombrero de copa y ala, hecho con paño de lana de carnero. Es prenda endurecida e impermeable, destinada a defender del frío marcado y del sol quemante. Pero mientras el sombrero de origen español se expande, en Puno aparecen los tonguitos, bombines o sombreros de hongo inspirados en sus similares de Inglaterra. Comerciantes ingleses, a mediados del siglo XIX, los trajeron a vender. Los hombres altiplánicos y sus mujeres, sobre todo éstas, les añadieron colores, platinas, plumillas y cinta. El sombrero del resto del Perú admitirá variantes en su forma, pero seguirá usando el paño de lana de ovino. Otros sombreros serán de paja blanqueada y endurecida, con cinta negra de lazo lateral (Huancayo) o de paja trenzada sin pintar (Cajamarca). El sombrero del chalán costeño es de otra dimensión. Su origen se encuentra en las acuarelas de Pancho Fierro, donde aparece ya con alta copa y ala grande en la cabeza de los vendedores callejeros de Lima. Es sombrero para defenderse del sol. Y mientras el sombrero se abre paso la montera languidece. Se mantiene en los varones de Paucartambo, Chinchero y Tinta, pero sólo en las mujeres de Queramarca y Ocongate, Capachica (ala doblada) y Lupaca (ala caída).

El mestizaje llega así hasta el calzado. La vieja *ojota* de pescuezo de camélido ha sido reemplazada por la *ojota* más moderna: es el *llanque* u *ojota* de llanta. Pese a este modernismo aún sobrevive el *chucuy*,

copia del borceguí quinientista si no del zapato europeo medieval, que usan los campesinos cobrizos de la puna huancavelicana.

Será en la selva peruana donde menos penetre el mestizaje auténtico. Lo europeo en los selvícolas está centrado en mostacillas, cuentas de vidrio, botones y espejuelos; lo incaico, en la *cushma* masculina, versión amplia del *unco* de algodón usado por campas y conibos, y por el *anaco* femenino, también largo y ampliado. Todos andan descalzos. Los más ajenos a cualquier influencia europea o incaica siguen siendo los yaguas amazónicos que, entre las bocas del Napo y del Putumayo, persisten con su indumentaria hecha con fibra de *chambira* y con adornos de pájaros disecos.

### 3. La habitación mestiza

La habitación también ha bebido mestizaje y este mestizaje lo comparte la ciudad.

Las casas exhiben sus fachadas pintadas o encaladas, lo mismo sus piezas interiores: los muros serán de piedra o de barro, pero igual los hay de cal y canto o de ladrillo; los cuartos tienen puertas y ventanas de madera; los pisos con frecuencia son de tablas y los techos de teja o calamina.

Todo esto sin hablar del mobiliario: sillas, mesas, camas, alternando con poyos, fogones de leña y las hamacas.

No hay que olvidar que la casa es una síntesis morante que, en el Perú, se adapta al clima, al paisaje y a la gente.

A su vez todo pueblo con plaza mayor y con portales es mestizo, como mestiza es su iglesia barroca o neoclásica. En este templo mestizos son la bóveda de quincha y la cúpula del mismo material, los altares decimonónicos de yeso, y las bancas y reclinatorios de madera. La torre de la iglesia es lo primero que se ve del pueblo así como lo último que se oye al apartarse de él son sus campanas. Ambos elementos mestizan el paisaje y el silencio.

En lo tocante a arquitectura, lo mestizo se hará carne en un arco de sillar en Arequipa, en un friso de sirenas de la catedral de Puno, en una portada con floreros y florones en San Sebastián del Cuzco, en los adornos romboidales de Belén en Cajamarca y en el perfil campesino y grueso de las haciendas vinateras de Ica. En las puertas rococó de Lambayeque y en los portones del mismo estilo en Jauja, en los *muxarabíes* apoyados de Trujillo y en los balcones tejados de Hua-

manga, en los patios empedrados del Collao y en los techos trapezoidales de Moquegua y Tacna, en los dinteles con cruces de Apurímac y en la faz del *muqui* en las fachadas huancavelicanas, en la iglesuela de Surimana, de feliz estampa andina, y en las solemnes bóvedas de la catedral limeña, neogóticas, de tabla, sostenidas por pilastras huecas gracias a la quincha india. Arte cholo, arte mestizo, no proclive a confundirse con las máscaras negroides de las ruinas eclesiales de San José y San Francisco Javier de Nasca, arte negro, arte costeño, también mestizaje nuestro y muy peruano.

#### 4. La música mestiza

La música suele también engañarnos. Recordamos un tres de octubre, víspera de San Francisco, en la plaza mayor de Huancavelica. Todo estaba habitual hasta que irrumpieron, desfilando, ochenta músicos tocando aires de la cordillera. Vestían ponchos color concho de vino fileteados de amarillo y al hacer su aparición sonora su música se posesionó del ambiente, llenando la profundidad del valle serrano.

Sin embargo, a pesar de la sorpresa, varias cosas pudieron comprobarse con un análisis sumario. La música era heptafónica y no pentafónica, los instrumentos nativos poquísimos (no pasaban de la *quena*, la *antara*, el *pincuyo* y el *huáncar*), los instrumentos occidentales eran muchos más (trompeta, clarinete, saxofón, trombón, oboe, sacabuche, violín, guitarra, mandolina y arpa, también tambores de varios tipos). Lo que parecía indio puro, era mezclado.

En otras ocasiones hemos visto tañer la *huajra*, la trompeta india hecha con cuernos de bovino. Es originalísima, reemplaza al ya escaso *pututo*, pero por la utilización de los cuernos vacunos resulta al final una trompeta mestiza.

Otros instrumentos mestizos son las trompas de Huancavelica y Acobamba; el *ucrucho* de Huanta y Cajas, esa trompeta de cuernos que llega a medir metro y medio y se tañe en la sierra central; y el clarín cajamarquino, que hoy mide tres metros de largo con su breve bocina de barro cocido o mejor aún de lata. Éste último instrumento ya está registrado a fines del siglo XVIII por el obispo Martínez Compañón.

Mestizos son también desde esta óptica, el *charango* y el guitarrín, el tambor con cuero de equino y los cascabeles metálicos en vez de los

*maichiles*. Desde otra óptica, si se trata de la música misma y de la letra, mestizo resulta el yaraví arequipeño, las tonadas cordilleranas con letra en español y el Mambo de Machahuay.

En el caso de los melanodermos costeños, aparte de las negras cantoras de la procesión del Señor de los Milagros –peruanas por su cuna y africanas por su voz– es dado recordar que existió un mestizaje afroperuano más antiguo. Lo evidencian el cajón (hijo del tambor de pie y nieto del *tam-tam bantú*), la cajeta con sus bisagras de cuero, los palillos rojos pulidos, la quijada de asno con sus molares flojos y –como fin de fiesta, epílogo de esa música alborotada y ruidosa– el grito de: “¡Juuh, diablo!”

## 5. La danza mestiza

La danza es otro terreno muy rico para estudiar el mestizaje nuestro. Se trata de danzas serranas y costeñas, porque la selva no es proclive a influencias foráneas.

Empezamos por la *Danza de las Tijeras*, originaria de Andahuaylas y difundida por toda la serranía de Huancavelica, Ayacucho y Apurímac. Es una danza de belleza sonora excepcional. Los atuendos de los bailarines son posteriores a la rebelión de Túpac Amaru y acusan intromisiones extrañas vinculadas a la época del caudillismo.

Dieciochesca sin discusión es la *Chonguinada* de Jauja y Huancayo (aunque por su nombre pareciera proceder de Chongos Alto o Chongos Bajo), pero extendida a todo el valle del Mantaro. Caricaturiza al minué limeño de la corte virreinal, baile venido de España pero nacido en Francia. Más que danza es baile.

De la misma centuria es el baile de los *Arrieros* o *Tucumanos*, donde ya se dejan ver los gauchos, y que se ejecuta magistralmente en Checacupe; y el baile de los *Toreros*, con ropas goyescas, que tiene su mejor escenario en San Sebastián del Cuzco y su parodia en Paucartambo.

Otro baile que hizo fortuna en el país desde el Bajo Piura al Titicaca es el de los Negritos. Se inspira en los guineos criollos y bozales, pero no por representar esclavos dejan de lucir relucientes galas, como ocurre en la ciudad de Huánuco.

Si mestizo es el carnavalesco Huaylillas de Junín, igualmente lo es el baile de los Pastorcitos huancavelicanos, donde se perpetúa el tricordio y la rizada cabellera rococó. Mayor antigüedad tendría la *Contradanza paucartambina* (originada en la *country dance* inglesa que pasó

al Perú en el siglo XVIII en su versión borbónica española), que tiene por personaje central a un varón de vara y chambergo. El chambergo, esta vez en armazón desnuda, se vuelve a encontrar en el baile de los *Auki-auki*, en Rosaspata, Puno.

Mestizas en sus ropas pero con sus nacientes indígenas son las danzas de los *Llamereros* de Ayaviri, de los *Collaguas* de Puno, la *Koyacha* surcusqueña y los *Diablos de Ichu*, emparentados éstos con la *Diablada collavina*, donde el *supay* andino se encasqueta cornamenta y luce llamativo, impresionante.

El atuendo insiste con sus monteras en el *Cápac colla* de Paucartambo, pero no hace mucha mella en otras danzas muy índicas que se remontan al huarachico de los incas. Nos referimos a la *Kachampa*, que se baila con látigos cortos, y al *Sursur huayla*, que se baila con látigos largos. Sin embargo, los atuendos son decimonónicos, con re-sabios arcaizantes.

Bailes con influencia selvícola y vestidura mestiza son los *Arachis* de Paratia, en Lampa, los *Sikuris* de Puno, los *Kara chunchus* de Maras, los *Chirihuanos*, los *Kenachos* del Collao, y los *Puli-puli*, con sus tocados de plumas y flores a orillas del Titicaca. La selva del Antisuyo, en estos bailes, se hace presente en forma superlativa.

Finalmente, como sátira moderna y social, están la *Sijlla*, que ridiculiza al juez, al sub-prefecto y a los abogados en Paucartambo, y el *Chujchu*, mucho más antigua, danza irónica en torno a los palúdicos de Ocongate.

Empero, el baile más conocido y popular es el *Huayno* que, olvidándonos de la ropa reformada, se hace mestizo, repetimos, cuando brinda su letra en castellano. En todo lo demás es muy indio.

Para la costa valen mucho los dibujos acuarelados que mandara hacer el obispo de Trujillo Martínez Compañón. Es documento valiosísimo, hallándose ya en él la danza con pañuelo blanco, posible anticipo de la marinera. Decimos posible, porque ahora se sospecha que el pañuelo blanco o de color es aporte negro, dado que aún se baila con el pañuelo en la mano en tierras del Senegal.

Los negros han alegrado la costa con su música y sus bailes. A partir de la zamba ancestral, pasando por la *Zamacueca* se llega al *Tondero* y al *Festejo*, siempre dentro de un mestizaje peruano. De veta taurina es el *Toro mata* o *Mata toro*, siendo más moderno —mediados del siglo XIX— el *Alcatraz*, baile chinchano de los negros recogedores de guano. Sin embargo, la danza festiva de más arraigo popular fue

el *Son de los diablos*, que se bailaba en los barrios limeños con ocasión de la Pascua de Reyes. Como África y Europa ya están muy lejos, estas danzas y bailes se deben exclusivamente al Perú.

## 6. La pintura mestiza

La pintura mestiza nunca estuvo representada por la escuela limeña virreinal –academicista, europeizante–, sino por la escuela cusqueña. Ésta última –aunque con modelos europeos, dorados bizantinos y flamencos, también con motivaciones bíblicas– llegó a imaginar el misterio de la Trinidad con tres personajes masculinos iguales que son al mismo tiempo distintos, y una Última Cena en la que Cristo y sus apóstoles comen *cuy*, *ají*, queso y pan de maíz, como consta en ese gran lienzo de la catedral cusqueña, en la nave de la Epístola.

Esta escuela del Cuzco es bastante original y aunque servida por maestros y aprendices indios, también resulta una escuela mestiza por su temática religiosa, por la técnica que esgrime y por el material que emplea. De este modo pasará del *Santiago matamoros* al *Santiago mataindios* y hará de los Reyes Magos un Melchor blanco, un Gaspar indio y un Baltazar negro. El Gaspar cobrizo –el rey cholo, como lo llamaban las viejas en Lima– en algunos casos ceñirá la *mascapaycha* de los incas, asomando detrás suyo, en vez de los camellos orientales, camélidos americanos, vale decir, llamas y alpacas.

Varios lustros después la escuela limeña se clausura, irrumpiendo las manos oscuras y al mismo tiempo coloristas del mulato Gil de Castro y del mulato Pancho Fierro. El primero es retratista y, consciente o inconscientemente, hace pintura mestiza al mulatizar a Bolívar más de lo necesario. Pancho Fierro es costumbrista, tradicionalista y acuarelista con mucho de artista popular.

Tendrá que pasar más tiempo para que aparezca José Sabogal, un maestro del pincel que consideramos el primer gran pintor mestizo del Perú. Lo hacen fundador de la escuela indigenista, pero el mismo es quien nos dice: “No soy un pintor indigenista pese a que haya pintado mucho a los indios y tampoco soy un españolista, aunque mi sangre sea española. Soy un peruano que capta los valores esenciales de su pueblo”. Y lo que afirma lo demuestra pintando rostros, personajes y paisajes del Perú, también atuendos, cántaros y embarcaciones.

Lo seguirán Julia Codesido, con su pintura graciosa y traviesa, Jorge Vinatea Reinoso, con sus composiciones de mucha gente, caballos

costeños y barcas lacustres, y Camilo Blas, con su estilo cholo, cholísimo. Sin embargo, será Enrique Camino Brent el que dará a la pintura peruana una dimensión especial. Camino –ojos azules, cabello rubio, tez sonrosada– es un mestizo espiritual y con esa óptica plasmará tipos humanos, rincones urbanos, paisajes andinos y costeños, descubriéndonos como nadie esa arquitectura iqueña de acholado rococó, como luce en la hacienda Monte Sierpe, o esos balcones moriscos apoyados en muros harto peruanos que perduran en Trujillo.

Otro maestro de los arquetipos mestizos, especialmente arequipeños es Teodoro Núñez Ureta. Son notables sus personajes en los murales, pero asimismo los captados en los portales de Arequipa. También lo evidencia esa serie vinculada a la Corte Superior del Misti que muestra al presidente del tribunal, a los vocales, a los abogados, escribanos y notarios sin olvidar al tinterillo y a su “mulita” de pisco.

Hoy continúan este camino mestizo, acaso sin saberlo, pintores de la talla de Andrés Zevallos de la Puente, Juan de la Cruz Machicado, Miguel Ángel Áybar y otros que pintan también peruanamente.

## 7. La literatura mestiza

La literatura peruana exige un capítulo muy grande. No serán plumas mestizas las de Amarilis, Peralta y el Lunarejo, por ser españolizantes y academicistas, pero tenemos a la primera pluma mestiza de América en Garcilaso Inca de la Vega, el mismo que se sintió español entre indios, indio entre españoles y mestizo peruano al momento de su realización final. Se sintió peruano y se sintió mestizo, por eso dedicó sus *Comentarios Reales* “A los Yndios, Mestizos y Criollos de los Reynos y Provincias del Grande y Riquísimo Ymperio del Perú, el Inca Garcilaso de la Vega, su hermano, compatriota y pay-sano, salud y felicidad”. Con esta frase la nación queda acuñada.

Huaman Poma, que habla en mal español y piensa en quechua lucana, no será sino un mestizo cultural doble: lucana-quechua y andino-español. Lo cierto es que para el mestizaje que nos ocupa conoce el papel, esgrime pluma, usa tinta y escribe un libro. Su *Nueva Corónica* está hecha en un español tan quechuzado que lo han llegado a llamar “quechuañol”. El autor es indio puro de raza, pero viste y calza como hidalgo, usa sombrero y tiene el cabello cortado al uso de Castilla, adopta innecesariamente el apellido Ayala y predica un cristianismo general y obligatorio. Todo esto, visto en su conjunto, es

mestizaje cultural y no porque Huaman Poma lo ignore deja de tenerlo. Pero tampoco es honesto arrancar al cronista de su indianidad, a la que quiere pertenecer y con la cual está identificado. Su mestizaje cultural no es consciente, es involuntario. Su crónica debe ubicarse entre las de Garcilaso y Titu Cusi Yupanqui, la del mestizo maduro hispano parlante y la del indio que no sabe español ni practica el mestizaje.

Con la República ingresarán al mestizaje peruano, Manuel Ascencio Segura –que es mestizo sin llegar a percatarse–, y Ricardo Palma, con su pluma limeña, mulata y socarrona.

Con el siglo XX aparecerán Ciro Alegría –el cantor de la sierra norteña–, José María Arguedas –el cantor de la sierra sureña– y César Vallejo, que encarna un sentir del Perú. Incluso lo lleva a Europa. Arguedas será el más elocuente cuando afirma que él no es un aculturado, entiéndase un mal mestizo, pero tampoco ajeno a “la gran nación cercada” (el mundo andino) y a “la parte generosa, humana, de los opresores” (el mundo occidental). Y añade que el cerco que separa a esos dos mundos debe ser destruido, que el caudal de ambos mundos “se podía y debía unir”. Por eso exclama: “Yo no soy un aculturado; yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz, habla en cristiano y en indio, en español y en quechua”. No tenemos nada que añadir. A Arguedas le ocurre con la pluma lo que a Sabogal con el pincel.

A la par que las letras se abren paso con sus grafías griegas, latinas y sajonas, van surgiendo cantidad de peruanismos que llenan los vacíos que tiene para nosotros el *Diccionario de la Lengua Española*, y detrás de esos peruanismos –que a su vez pueden ser piuranismos, limeñismos, arequipeñismos o cusqueñismos– estará siempre la lengua índica subyacente, alcanzando el tono, acento o dejo local. Y esto, que en el fondo es mestizaje, sucede a los piuranos con el tallán, a los cusqueños con el quechua, y a los loretanos con los cien dialectos de la Amazonia o Amazonía, como decimos sólo nosotros.

## 8. La artesanía mestiza

La artesanía peruana es campo riquísimo en la demostración del mestizaje, además de ser la artesanía más lograda del continente.

Podría empezarse con las esculturas cusqueñas de Edilberto Mérida, elocuentes en protesta y tenaces en presentar Crucificados cholos; y

con las esbeltas y policromadas figuras de Hilario Mendívil, figuras navideñas de cuellos largos con sus Reyes Magos en caballos, camellos y elefantes cortos o de poca alzada. También resultan cholísimos los retablos ayacuchanos de Joaquín López Antay, que exhiben las dos corrientes culturales plasmadas en una sola. Lo mismo puede decirse de esas obras anónimas, nacidas del pueblo como los toritos de Pucará, las iglesias de Quinua y los cachimbos de Huamanga, amén del encuentro de ambos mundos en la representación del *Yawar Fiesta*—su nombre lo dice— donde unas veces gana el astado y otras el ave de rapiña. Esto último pertenece a la región de Andahuaylas.

Dignos son también de recordarse los mates burilados de Junín y las tablas costumbristas de Sarhua, los espejos cajamarquinos y las cruces de Porcón, la cerería multicolor del Cuzco y la blanquimorada de Lima, las arpas de Huancavelica y Huancayo así como los charangos de Puno, los arequipeños santos de sillar y la rechoncha cerámica de Chulucanas, los tapices y alfombras de San Pedro de Cajas y los candeleros y candelabros de Ayacucho, la filigrana de plata de este último lugar y la filigrana de oro de Catacaos y Huancayo, la talabartería iqueña, trujillana y chiclayana, y los cueros pirograbados de Arequipa, las esculturillas marmóreas de Cajamarca y los botijos evolucionados de Simbilá, las piragüillas labradas a cuchillo en Iquitos, las graciosas balsillas de Yurimaguas y las barcas con velamen de totora del Titicaca. En materia de máscaras nos paseamos por Piura, Lambayeque, La Libertad, Ancash y el Valle del Mantaro, Ayacucho, Apurímac, Cuzco y Puno, destacando en este último punto la gran máscara de la diablada, que apunta a un demonio mestizo no precisamente el *supay*.

Por sombreros volvemos a Cajamarca, Piura y Lambayeque, regiones las dos últimas que ofrecen también los vaporosos ponchos de hilo, por alforjas de tela viajamos a Cutervo y Monsefú, por trabajos de madera y paja a Catacaos y Cajabamba, y por tapices y bordados a Jauja y San Pedro de Cajas. Igualmente, merecen atención las cruces de hierro ennegrecido del Callejón de Huaylas, los pañolones de Ayacucho, las bolsas de soguilla de Piura, y los caballitos de barro de tierras de Coracora. La talabartería con inscrustaciones es ayacuchana y huancaína, los chullos con el nombre tejido del Perú proceden de Juliaca y los marcos dorados con espejuelos nacen en el Cuzco a la sombra de los altares de la iglesia de las clarisas. Artesanía como la peruana, ciento por ciento mestiza, no es superada en América.

## 9. La religiosidad mestiza

El mestizaje en lo religioso es amplio y profundo pero no ofrece una nueva religión. El dogma católico romano pertenece intacto, mas las formas de culto –latría, hiperdulía, dulía– permiten variantes que se remontan a la antigüedad gentil.

La cruz cristiana –porque hubo en el Perú precolombino cruces decorativas y mágicas– la vamos a ver constantemente.

La cruz del camino en la costa y en la sierra nace de la sacralización de la *apacheta* o altar hecho con piedras por los viajeros andinos. En otros casos, aún hoy, para emprender buen viaje el caminante se santigua y luego coloca tres piedras en equilibrio en la orilla de la senda.

La cruz del cerro, puesta en las cimas, es para sacralizar la mansión de los *apus* y *huamanis*, las viejas deidades lugareñas. Creyóse conseguir así una comunión perfecta entre los viejos dioses andinos y el madero en que fue crucificado Cristo. El retirar, pintar, regresar, vestir y reponer todos los años esta cruz es siempre fiesta muy importante en cada lugar.

A estas cruces de palo suceden la cruz del puente y las cruces de la ciudad que, sin mostrar ahora los atributos de la pasión, son de piedra granítica en el Cuzco, de piedra alabastrada en Ayacucho, de piedra de cantería en Cajamarca y de piedra sillar en Arequipa. La cruz de hierro forjado es patrimonio de todos los techos campesinos a dos aguas, pero las cruces de este género más elaboradas son las modernamente hechas en Ancash y provincias altas del Cuzco.

En la selva está la cruz del río, versión fluvial de la cruz caminera, levantada en un trozo talado que adquiere así categoría de lugar sagrado o santuario. En las orillas del Amazonas, del Napo, del Marañón, esta cruz del río se deja ver por los navegantes, quienes se santiguan al verla, momento en el que también dejan de remar.

Por último, en el lago Titicaca, se dan las cruces de totora, que los isleños ponen en el dintel de sus chozas o en las velas de sus embarcaciones.

El signo de la cruz, por todo lo aquí expuesto, es la primera exteriorización del mestizaje religioso en el Perú. No es lo mismo mestizaje religioso que conversión a un nuevo credo. Aquí hay conversión y mestizaje. Por eso la fiesta de la Cruz –llamada también Cruz de Mayo o Cruz *Velacuy*– es muy reverenciada en todo el territorio nacional.

Las procesiones pueden ocupar el segundo lugar. En ellas tienen presencia especial los *Taitachas* o Crucificados, precedidos por el

cusqueño *Señor de los Temblores*, y las *Mamachas*, como la también cusqueña *Virgen de Belén*. En Puno, adquieren colores paganizantes las procesiones de la Virgen de la Candelaria, devoción minera que se remonta a las Islas Canarias donde el Teide gigante es el inspirador de las candelas. También será procesión de Puno la de la *Virgen de Pomata*, imagen indianizada que ostenta penacho de plumas traídas del Antisuyo. De menor dimensión es la de los dos santos Toribio de Tayabamba, en Pataz, donde las imágenes de ambos santos están ataviadas con ponchos entre diablos danzarines enmascarados vestidos de azul, colorado y blanco.

Cuando los campesinos serranos acompañan la procesión y la música suena es porque ya se dio el albazo. Por eso las andas avanzan bajo arcos triunfales durante el día, y con faroles y cirios en la noche, todo entre cohetes de arranque y camaretazos, platos de cuy con ají y grandes vasos de chicha de jora. Entre procesión y procesión, porque la fiesta dura tres días conforme al antiguo uso indio, habrá corridas de toros en las que los parroquianos se quitan el poncho y capotean. En algunos sitios levantan cosos de palos, bastante bien hechos como en San Jerónimo de Tunán, en otros se efectúan verdaderas ferias taurinas como en Chota, Cutervo, Puquio y Coracora. Pero luego de la corrida torna a salir la procesión y vuelven a darse —estamos ahora en Pampamarca o en Tungasuca— las escenas callejeras típicas de la serranía. Las mujeres fingen llorar, secándose ritualmente las manos mojadas por las lágrimas inexistentes en los flancos de los vestidos, mientras los niños, fatigados de esperar, descansan sentados en cuclillas, la vieja postura mágica del Ande. Si hay de por medio danzarines, éstos actúan como en tiempo de los *taquis* indios y subsisten como los *seises* de Sevilla. Interesante es advertir en las ciudades andinas que al cruzarse dos procesiones en la calle, por cierto en intencional confluencia, las imágenes se saludan haciéndose venias desde sus andas. Esto, creemos, tiene su origen en el saludo de los *mallquis* desde sus rampas o literas.

Distintas a las procesiones son las romerías. Sus orígenes están en las visitas a los *apus* del Sarasara o del Salcantay sino a los santuarios yungas como el de *Pachacamac*, pero también tienen que ver con las peregrinaciones a Santiago de Compostela. La más antigua pareciera ser la de la *Virgen de Cocharcas*, en la sierra sur peruana. Ha merecido historiarse en medallones en torno a la imagen mariana, pero aún así poco se puede interpretar de los pequeños cuadros circundantes, intuyéndose que se trata de milagros locales que han merecido votos

y gratitudes de los romeros. Romería a los nevados, de sabor también andino, es la que se hace, ascendente, al *Cristo de Coyllur Riti*: tiene raíces paganas, mas hoy es peregrinación cristiana y, por ello, ya mestiza. Otra peregrinación importante es la del *Señor de Huanca*, cultivada por los mercedarios del Cuzco, quienes tienen una aldea vacía todo el año para recibir a los peregrinos los días de las fiestas.

Romerías menores son las del *Señor Cautivo de Ayabaca*, en Piura, la de la *Virgen de la Puerta*, en Trujillo, y la de la *Virgen de Chapi* en Arequipa. Sin embargo, entre las modernas están la del *Señor de Luren*, en Ica, la del *Señor de Muruhuay*, en Tarma, y la de la *Cruz de Chalpón*, en Motupe. Todas son romerías notables, muy mestizas en su realización.

Las misas serranas, finalmente, se dan con la concurrencia de los alcaldes indios envarados, los cuales asisten al templo precedidos por un regidor, por lo general un muchacho. Al momento de la consagración, como se aprecia en Pisac, todos los regidores, al unísono, tañen su *pututo* o gran caracol marino de antigüedad prehispánica. El ruido que se logra es impresionante. En todas estas misas el sermón se dice en quechua o aymara y a la salida del sacrificio, el día de San Isidro o el de San Marcelo, el cura con el hisopo en la mano, bendice a las yuntas de bueyes que ese año ararán la tierra o *Pachamama*.

En muchas capillas no hay bancas; los hombres oyen la misa de pie y con el sombrero en la mano, las mujeres se sientan en el suelo, los niños rezan en cuclillas, como cuando se hacía la *mocha*.

Hemos visto en San Bartolomé y Tinta a ciegos quechua-parlantes, recitar en castellano la oración del Justo Juez, y a indias aymaras, colla-parlantes, cantar el *Salve salve*, en Yunguyo.

Bajemos a la costa. No vamos a mentar aquí a la procesión del *Señor de los Milagros* —la más grande de la cristiandad hoy en día—, como en la sierra tampoco hemos mencionado al *Corpus Christi* del Cuzco ni a la *Semana Santa* de Ayacucho, también manifestaciones mestizas. Bajamos con otro criterio, buscando una gama de santos y de personas sospechosas de santidad. El mestizaje probablemente no se da aún en Santa Rosa de Lima ni en sor Ana de los Ángeles Monteagudo (criollas de cuatro abuelos hispanos), pero sí en San Martín de Porras, mixto en sangre (hijo de español y negra horra). Se cumplirá de otra manera en Nicolás Puycin Faxollem (indio puro chiclayano, muchic-parlante) y en las mestizas raciales Luisa de la Torre Rojas, la *Beatita de Humay*, y Melchora Saravia Tasayco, la *Melchorita*.

El mestizaje religioso en el Perú ha calado profundo. El mestizo peruano es un hombre religioso. Se dirá que somos más creyentes que practicantes, pero eso es preferible a ser más practicantes que creyentes. Posiblemente debido a ser creyentes es que nunca blasfemamos.

Por lo demás, el calendario cívico coincide con el calendario litúrgico: todos o casi todos tenemos nombre tomado del santoral romano, y absolutamente todos vivimos dentro de la era cristiana. El Presidente de la República jura ejercer ante Dios y la patria, y todos los cargos importantes también son juramentados, dejándose constancia de que Dios y la patria demandarán su cumplimiento. Incluso hay un juramento tácito que nos obliga a todos los peruanos: "Somos libres...", dice el Himno, gracias "al voto solemne que la patria al Eterno elevó".

No importan el lugar ni la lengua, pero la inmensa mayoría de la población peruana bautiza a sus hijos y enarbola una cruz sobre sus muertos. Y esto no es un rasgo más. No hay que olvidar que la unidad religiosa es la primera unidad que hemos tenido.

### III. Conclusión

El Perú es un país mestizo. Los peruanos —díganlo sus apellidos— descienden mayoritariamente de los indios y de los españoles que esculpiron juntos la gesta del siglo XVI.

El mestizaje no reniega de lo indio ni de lo foráneo (lo europeo, africano, asiático y oceánico), tampoco ve en ambas corrientes tendencias antagónicas. Por el contrario, las hereda, las une, y ya con forma propia las convierte en peruanidad. Nuestro mestizaje es amplio pero, en mucho, ceñido a lo andino y a lo europeo.

La cultura occidental, a la que pertenecemos por descender de europeos, nos acerca y hace iguales a los demás países occidentales: la cultura andina, a la que también pertenecemos por descender de indios, nos singulariza y diferencia de los demás países de la tierra. En términos de filosofía aristotélica, la cultura occidental es el género próximo y la cultura andina la diferencia específica. Una nos iguala, otra nos hace únicos. El ideal es integrar la universalidad sin perder la singularidad.

Los peruanos ya no somos súbditos de Atahualpa ni vasallos de Carlos V. Entre el indigenismo y el hispanismo se debe preferir el peruanismo. Por eso es imperativo tener una visión equilibrada de nuestra historia. Debemos ver a Pachacútec como ven los egipcios a

Ramsés II, los franceses a Carlomagno y los alemanes a Otón el Grande; también debemos ver a Pizarro como ven los ingleses a Guillermo el Conquistador, los rusos a Rurik y los nilóticos a Omar.

Si mestizaje es peruanidad, peruanidad es patria, nación y Estado. Como patria el Perú existe desde hace 15 mil años o más. Es una de las patrias más viejas de América. Patria significa "tierra de los padres" y nuestros primeros padres fueron los cobrizos cazadores nómades que ingresaron a este territorio con ánimo de permanecer en él. Permanecieron, por eso nos lo legaron. La verdad es que somos patria antigua, muy antigua, con mucha historia que contar.

Como nación nacimos en el siglo XVI. Somos un conjunto de pueblos con pasado, presente y futuro comunes, unidos hoy, además, por la conciencia nacional. La conciencia nacional es la que nos hace sentir peruanos y querer seguir siendo peruanos. Se dirá que hay peruanos que ignoran su nacionalidad. No importa. No porque los niños ignoran que son niños dejen de ser hombres. Lo que les falta es crecer y madurar.

Como Estado datamos de 1821, pues desde entonces somos una nación jurídicamente organizada y, por ende, libre y soberana. La victoria de Ayacucho lo ratificó en 1824.

Todo peruano, desde el punto de vista peruanista, debe entender que primero está el Perú. Después estará su región, su departamento, su provincia, su pueblo, también su familia y su partido político.

Finalmente debe entender que el Perú es distinto a los demás países, que es esencialmente único y que es un país independiente, uninacional, pluricultural, multilingüe y por añadidura, mestizo.